

## Subalternidad y hegemonía en América Latina. Problemas de un itinerario teórico entre el latinoamericanismo y el marxismo

Marcelo Starcembra\*

Recibido: 12-07-2021 / Aceptado: 08-10-2021

**Resumen.** El presente trabajo reconstruye las relaciones entre el problema de la subalternidad y el concepto de hegemonía en las trayectorias del latinoamericanismo. Para ello se establecen dos grandes momentos. Por un lado, la década de 1990, en la cual el desarrollo del subalternismo latinoamericano recupera las tradiciones marxistas latinoamericanas para proponer una interpretación renovada de la historia latinoamericana. Por otro lado, la fractura del latinoamericanismo en los primeros años del siglo XXI, a partir de la cual se desdoblaron los significados de la subalternidad y la hegemonía. Finalmente, analizamos la obra de Álvaro García Linera para propiciar un diálogo entre las tesis del latinoamericanismo y las de una determinada corriente del marxismo latinoamericano.

**Palabras clave:** subalternidad; hegemonía; marxismo; latinoamericanismo; América Latina.

### [en] Subalternity and Hegemony in Latin America. Theoretical Itineraries between Latinamericanism and Marxism

**Abstract.** The present work reconstructs the relationships between the problem of subalternity and the concept of hegemony in the trajectories of Latinamericanism. For this, two great moments are established. On the one hand, the 1990s, in which the development of Latin American subalternism recovers Latin American Marxist traditions to propose a renewed interpretation of Latin American history. On the other hand, the fracture of Latin Americanism in the early years of the 21st century, from which the meanings of subalternity and hegemony will unfold. Finally, we analyze the work of Álvaro García Linera to promote a dialogue between the theses of Latinamericanism and those of a certain current of Latin American Marxism.

**Keywords:** Subalternity; Hegemony; Marxism; Latinamericanism; Latin America

**Summary:** I. II. III. IV. Bibliografía.

**Cómo citar:** Starcembra, M. (2022). Subalternidad y hegemonía en América Latina. Problemas de un itinerario teórico entre el latinoamericanismo y el marxismo. *Res Pública. Revista de Historia de las Ideas Políticas*, 25(3), 309-320. <https://dx.doi.org/10.5209/rpub.77227>

#### I.

Entre las múltiples reflexiones habilitadas por la formulación y difusión del concepto de poshegemonía, la indagación acerca de las relaciones y contactos con la historia del pensamiento latinoamericano se ha revelado tan productiva como controvertida. Al menos en su uso en el campo del latinoamericanismo<sup>1</sup>, las implicaciones radicales del concepto para una relectura de la historia de América Latina y el hiato con las reflexiones sobre el problema de la hegemonía desarrolladas en la región propiciaron la apertura de nuevos debates y la actualización de viejas discusiones interhemisféricas alrededor del conocimiento y la

política. En este marco, el presente trabajo propone una extensión de una investigación ya iniciada alrededor de los vínculos entre el latinoamericanismo y el marxismo latinoamericano<sup>2</sup>. En este caso, reconstruimos los itinerarios teóricos de la condición subalterna en la trayectoria del latinoamericanismo y los diferentes vínculos establecidos entre este problema y el concepto de hegemonía. A través de una perspectiva diacrónica, establecemos dos modalidades de articulación entre ambas problemáticas. La primera, correspondiente al desarrollo del subalternismo latinoamericano en la década de 1990, en la que el problema de la subalternidad se presenta como la posibilidad de trascender las limitaciones de los esquemas

\* Universidad Nacional de la Plata  
E-mail: mstarcembra@unp.ar

<sup>1</sup> Como veremos a lo largo del trabajo, la misma noción de latinoamericanismo es objeto de disputa. Con fines introductorios, podemos apelar a la definición suministrada por Román de la Campa en 1999 como “una comunidad de discursos que ha cobrado particular fuerza en las últimas décadas, especialmente en Estados Unidos”, *Latinamericanism*, Minneapolis, University of Minnesota Press, 1999, p. VII. Para un primer uso de la noción, cf. E. M. Santi, “Latinamericanism and Restitution”, *Latin American Literary Review* 20 (40), 1992, pp. 88-96.

<sup>2</sup> M. Starcembra, “Poshegemonía. Notas sobre un debate”, *Políticas de la Memoria* 16, 2015/2016, pp. 27-38.

marxistas de la segunda mitad del siglo XX y el concepto de hegemonía constituía una herramienta teórica productiva para el análisis de la historia y la sociedad latinoamericana. La segunda, correspondiente a las trayectorias del latinoamericanismo a comienzos del XXI, en la que el problema de la subalternidad y el concepto de hegemonía sufren un desdoblamiento a partir de la fractura entre la poshegemonía y el post-subalternismo. Junto a estos dos momentos, nos concentramos al final en algunos aspectos del trabajo de Álvaro García Linera a los fines de establecer un diálogo entre el latinoamericanismo y el marxismo latinoamericano mediado por el tratamiento de la condición subalterna y el problema de la hegemonía. Al respecto, constatamos que mientras es posible encontrar convergencias entre la propuesta de García Linera y el primer subalternismo, algunos aspectos de su trabajo habilitan una reflexión alrededor de la brecha abierta entre la poshegemonía y el post-subalternismo.

## II.

Leído de manera retrospectiva, el “Manifiesto inaugural” del Grupo Subalterno de Estudios Latinoamericanos se nos presenta como un material condensador de los problemas que caracterizaron el desarrollo de la problemática subalternista en América Latina<sup>3</sup>. En aquel documento, la potencia del programa de investigación desplegado por el Grupo Sudasiático era remitida a la posibilidad de un cuestionamiento a los esquemas implementados tradicionalmente para representar a las sociedades coloniales y poscoloniales<sup>4</sup>. Se trataba de una crítica que atendía tanto el plano de las prácticas de hegemonía cultural desarrolladas por las élites como el de los discursos de las humanidades y las ciencias sociales que buscaban representar la realidad de aquellas sociedades. El anclaje en la lectura *against the grain* propiciada por el subalternismo de la India ponía en primer plano la necesidad de identificar los mecanismos distorsivos de la representación subalterna por parte de la cultura elitista y develar la lógica de las prácticas culturales y las luchas políticas de los sectores subalternos. Por una parte, el supuesto de que “la nación y lo nacional son conceptos totalizantes de carácter no popular”<sup>5</sup> implicaba la problematización de las relaciones entre Estado, nación y pueblo en la

historia de América Latina y el establecimiento de un horizonte de investigación estructurado alrededor de estrategias de des-nacionalización. A su vez, la crítica a los mecanismos de subalternización en la historia latinoamericana también abarcaba a los proyectos políticos revolucionarios por cifrarse en ellos una vocación por representar y hablar en nombre del pueblo. Por otra parte, el cuestionamiento a las representaciones nacionales era cuidadosamente dissociado de un potencial abandono de la nación como objeto de indagación intelectual y también de la práctica política. Al respecto, el Manifiesto afirmaba que no se buscaba “dejar de lado el problema de lo «nacional» y otras formas de nacionalismo y de movilización «nacional-popular», como por ejemplo en el caso de la revolución sandinista en Nicaragua”<sup>6</sup>. La mención a la experiencia nicaragüense estaba lejos de ser anecdótica. En aquella crítica a los proyectos políticos revolucionarios se expresaba tanto la advertencia sobre el tradicional elitismo de la cultura de izquierdas latinoamericana como la apuesta por abonar una corriente transformadora renovada y adecuada a las transformaciones experimentadas en las últimas décadas del siglo XX.

Las intervenciones e investigaciones que orbitaron alrededor de la propuesta subalternista tendieron a priorizar uno u otro de los problemas condensados en el “Manifiesto inaugural”. Por un lado, dos textos considerados antecedentes del programa esbozado en el Manifiesto se caracterizaron por la promoción de una aproximación a la subalternidad mediada por la dimensión discursiva. Patricia Seed daba cuenta de un emergente campo de estudio del discurso colonial en el que se combinaban la insatisfacción con las limitaciones de las críticas contemporáneas a la dominación colonial con la renovación teórica propiciada por el postestructuralismo<sup>7</sup>. Se trataba de un potenciamiento recíproco, en tanto el agotamiento de los relatos de la dominación colonial en términos de resistencia o adaptación se correspondía con la sospecha sobre la transparencia del lenguaje como vehículo de comunicación. Seed advertía que si bien el esquema de indagación “desde abajo” aún tenía vigencia en el campo de estudios sobre América Latina, cobraba cada vez más fuerza el interés por el lenguaje, la retórica y las representaciones sobre el otro. Fernando Coronil llevó a cabo una investigación sobre el Caracazo centrada en el problema de la relación entre el Estado y el discurso subalterno en el

<sup>3</sup> Latin American Subaltern Studies Group, “Founding Statement”, *boundary 2* 20 (3), 1993, pp. 110-121. Los autores del Manifiesto eran Robert Carr, Ileana Rodríguez, Patricia Seed, Javier Sanjinés, John Beverley, José Mazzotti, José Rabasa, Roger Lancaster, Robert Conn, Julio Ramos, María Milagros López, Carol Smith, Clara Lomas, Norma Alarcón y Mónica Szurmuk.

<sup>4</sup> Al igual que la propuesta del grupo latinoamericano, la del grupo de la India era heterogénea. Si bien los miembros del grupo tenían a la subalternidad como el problema central de sus reflexiones, algunos de ellos enfatizarán la dimensión política en la senda de la problematización gramsciana, otros se concentrarán en la dimensión textual prosiguiendo los impulsos de la deconstrucción. Para un contrapunto paradigmático, cf., respectivamente, R. Guha, “On Some Aspects of the Historiography of Colonial India”, en R. Guha (ed.), *Subaltern Studies I*, Delhi Oxford University Press, 1982, pp. 1-8 y G. Spivak, “Can the Subaltern Speak?”, en C. Nelson y L. Grossberg (eds.), *Marxism and the Interpretation of Culture*, Basingstoke, Macmillan, 1988, pp. 271-313.

<sup>5</sup> Latin American Subaltern Studies Group, “Founding Statement”, *op. cit.* p. 112.

<sup>6</sup> *Ibidem*, p. 120.

<sup>7</sup> P. Seed, “Colonial and Postcolonial Discourse”, *Latin American Research Review* 26 (3), 1991, pp. 181-200.

seno de una sociedad neocolonial<sup>8</sup>. A través de una postulación de la subalternidad como concepto relacional y relativo, el subalterno era concebido como un agente de construcción de identidad que participa, en un determinado campo de relaciones de poder, en la organización de su múltiple posicionalidad y subjetividad. Por otro lado, y en una dirección no exenta de conflictos con la de las dos intervenciones mencionadas, un texto de Florencia Mallon propició una evaluación del programa subalternista en el que se resaltaba especialmente la dimensión política<sup>9</sup>. Una recuperación de la filiación gramsciana del grupo subalternista de la India conllevaba la advertencia de que la investigación sobre la política, la cultura y las tradiciones de resistencia subalternas no podía tener objetivos meramente empíricos sino que éstos también debían ser políticos. La lectura de Mallon lograba dos efectos en relación al futuro desenvolvimiento de los estudios subalternos en América Latina. En primer lugar, si la conceptualización de la subalternidad había tenido en Gramsci el sentido de la construcción de una fuerza de izquierda capaz de comprender y encauzar las energías populares, no podía menospreciarse la potencia política que entrañaba el subalternismo latinoamericano. Según Mallon, dicho programa dejaba abierta “la posibilidad de la reconstrucción futura de un orden político poscolonial emancipador y hegemónico: si se comprenden mejor las tradiciones y prácticas subalternas, pueden servir todavía de base para construir comunidades políticas alternativas que liberarán de verdad «al pueblo»”<sup>10</sup>. Por el otro, cierta demarcación en relación a los vínculos entre la tradición marxista y corrientes fuertemente consolidadas en aquellos años y con peso en los programas subalternistas hindú y latinoamericano. Nos referimos tanto a la jerarquización del discurso y el descentramiento de las relaciones de poder de inspiración foucaultiana como al análisis textual y el ejercicio deconstruccionista de matriz derridiana. Al respecto, Mallon rescataba la potencia que entrañaba dichas corrientes pero las ponía al servicio de lo

que denominaba un *proyecto gramsciano*. Es decir, la utilización de técnicas analíticas discursivas y textuales para analizar las prácticas y los discursos subalternos como escenarios de la lucha por el poder<sup>11</sup>.

Al mismo tiempo, una serie de investigaciones relevantes sobre los procesos de construcción del Estado-nación en América Latina reivindicaron el uso del concepto de hegemonía abonando de esta manera la mediación política en el abordaje de la subalternidad. Una de ellas es precisamente el trabajo de Mallon sobre la relación entre sectores subalternos y formación del Estado nación en México y Perú<sup>12</sup>. Siguiendo la advertencia de Guha de que el nacionalismo imperante en las sociedades poscoloniales es el resultado de una construcción *ex post facto* de las élites, la investigación de Mallon se desarrollaba a través de una conceptualización del nacionalismo y la conciencia nacional como elementos diferenciados de la política del Estado nación triunfante. Esta operación de descentramiento redundaba en una concepción del nacionalismo como una amplia visión para organizar la sociedad siempre atravesada por el disenso. El análisis histórico sobre los procesos mexicano y peruano descansaba sobre la idea de que “en cada caso particular, el nacionalismo se convertiría en una serie de discursos en constante formación y negociación, compitiendo entre sí sobre un campo delimitado por la historia particular del poder regional”<sup>13</sup>. En este sentido, el concepto de hegemonía se volvía imprescindible para abordar los procesos sociales a través de los cuales se disputa y legitima el poder en todos los niveles de la sociedad, así como los equilibrios dinámicos y precarios mediante los cuales las fuerzas en pugna llegan a un acuerdo. De este modo, Mallon podía reconstruir el complejo proceso a partir del cual se resolvieron políticamente las tensiones y contradicciones en el seno del discurso nacional-democrático. Es decir, “cómo se resolvió la lucha entre una promesa nacional-democrática universal y una práctica patriarcal, eurocéntrica y excluyente”<sup>14</sup>. La otra investigación es el trabajo colectivo dirigido por

<sup>8</sup> F. Coronil, “Listening to the Subaltern: The Poetics of Neocolonial States”, *Poetics Today* (15) 4, 1994, pp. 643-658.

<sup>9</sup> F. Mallon, “The Promise and Dilemma of Subaltern Studies: Perspectives from Latin American History”, *The American Historical Review* 99 (5), 1994, pp. 1491-1515.

<sup>10</sup> *Ibidem*, p. 1496.

<sup>11</sup> Con dicha demarcación, Mallon se hacía eco del debate sobre las relaciones entre marxismo y posestructuralismo-deconstruccionismo desarrollado en el subalternismo hindú. Dicha discusión había comenzado con la propuesta de Gyan Prakash de una escritura post-orientalista de la historia del Tercer Mundo. Según Prakash, este tipo de escritura requería una superación de las categorías fundacionales con las que se había analizado anteriormente la historia de la India y del Tercer Mundo. Entre dichas categorías se encontraban las utilizadas tradicionalmente por el marxismo, como la de “modo de producción”. “Writing Post-Orientalist Histories of the Third World: Perspectives from Indian Historiography”, *Comparative Studies in Society and History* 32 (2), 1990, pp. 383-408. Frente a dicha propuesta, R. O’ Hanlon y D. Washbrook señalaron el peligro de un rechazo de la modernidad capitalista en nombre de las historias marginales y las identidades heterogéneas. Según los autores, la crítica a las narrativas fundacionales corría el riesgo de arrasar con la interpretación del pasado, ya sea porque el esfuerzo por comprender se volvía un acto de complicidad o porque la construcción de sistemas se volvía un acto totalizador. “After Orientalism: Culture, Criticism and Politics in the Third World”, *Comparative Studies in Society and History* 34 (1), 1992, pp. 121-167. Se iniciaba de este modo la interpretación de las relaciones entre marxismo y posestructuralismo-deconstruccionismo en términos de la “metáfora equina”. Mientras O’ Hanlon y Washbrook señalaban la dificultad de cabalgar los dos caballos a la vez, Prakash respondía con la necesidad de aferrarse a ambos caballos inconstantemente. “Can the «Subaltern» Ride? A Reply to O’ Hanlon and Washbrook”, *Comparative Studies in Society and History* 34 (1), 1992, pp. 168-184. Para Mallon, la combinación de elementos derridianos y foucaultianos al servicio de un *proyecto gramsciano* se volvía un ejercicio tan necesario como peligroso que requería de la pericia de “jinetes acróbatas”. Mallon, “The Promise and Dilemma”, *op cit.*, p. 1515.

<sup>12</sup> F. Mallon, *Peasant and Nation. The Making of Postcolonial Mexico and Peru*, Berkeley, University of California Press, 1995.

<sup>13</sup> *Ibidem*, p. 4.

<sup>14</sup> *Ibidem*, p. 13.

Gilbert Joseph y Daniel Nugent sobre la relación entre culturas populares y formación del Estado en México<sup>15</sup>. Dicha investigación se proponía superadora de las interpretaciones previas sobre la Revolución mexicana al concentrarse en los modos a través de los cuales los movimientos populares influyeron sobre el nuevo Estado y contribuyeron por tanto a la transformación de la sociedad mexicana. Intento de verificación de las tesis de James Scott sobre las formas cotidianas de la resistencia campesina en el sureste de Asia (*weapons of the weak*) y de Philip Corrigan y Derek Sayer sobre la formación del Estado burgués en Inglaterra (*the great arch*)<sup>16</sup>, los estudios reunidos en este volumen daban cuenta de los procesos cotidianos mediante los cuales el nuevo Estado y las clases populares se atrajeron mutuamente. Así, mientras Joseph demostraba que los campesinos participaron en formas de resistencia cotidianas que fueron efectivas en el combate material y simbólico contra la explotación<sup>17</sup>, Nugent y Ana María Alonso analizaban el modo en el que los campesinos imaginaron el Estado y construyeron sus propias identidades en relación a él<sup>18</sup>. Mientras William Roseberry interpretaba las relaciones entre cultura popular y Estado en el marco de un campo de fuerzas multidimensional y dinámico<sup>19</sup>, Mallon aseguraba que la cultura política popular fue incorporada parcialmente al Estado pos-revolucionario en el marco de un proceso hegemónico que consistió en el establecimiento de un proyecto moral y social común<sup>20</sup>.

A medida que este tipo de investigaciones cobraban relevancia en la interpretación de la sociedad y la historia latinoamericanas, la problemática subalternista comenzó a ser objeto de una serie de críticas que pusieron el foco en la relación entre el *objeto América Latina* y la producción de conocimiento en la academia estadounidense. Por un lado, Silvia Rivera Cusicanqui y Rosana Barragán señalaron el empobrecimiento producido por la mediación estadounidense en la recepción del programa subalternismo hindú en América Latina<sup>21</sup>. Centrándose en la evaluación del programa subalternista llevada a cabo por

Mallon, Rivera Cusicanqui y Barragán cuestionaban el desconocimiento de los debates que se habían desarrollado en América Latina sobre lo colonial y lo pos-colonial. Al recuperar los análisis sobre capitalismo y colonialismo realizados por Enrique Tandeter, Juan Carlos Garavaglia y Carlos Sempat Assadourian, las investigaciones sobre capitalismo y oligarquía de Alberto Flores Galindo y René Zavaleta Mercado, y el concepto de “colonialismo interno” desarrollada por Pablo González Casanova, las autoras bolivianas prevenían frente a los “sesgos de localización invisibles que la mediación del norte puede introducir en los debates historiográficos Sur-Sur, empobreciendo su horizonte teórico y metodológico”<sup>22</sup>. Por otro lado, Mabel Moraña interpretaba la difusión del subalternismo como una nueva etapa del tradicional exotismo que condena a América Latina a un lugar pre-teórico y marginal con respecto a los discursos metropolitanos<sup>23</sup>. Según esta interpretación, el concepto de subalterno se presentaba como una categoría esencializante y homogeneizadora con la cual se pretendía englobar a todos los sectores subordinados a las clases dominantes. En su forma actual, la problemática subalterna perdía la dimensión política que la unía a la obra de Gramsci para convertirse en “un ejercicio intelectual desde el que puede leerse, más que el relato de las estrategias de resistencia de los dominados del Sur, la historia de la hegemonía representacional del Norte, en su nueva etapa de rearticulación postcolonial”<sup>24</sup>. En un tono similar al de Moraña, Hugo Achúgar veía en el subalternismo la continuidad de unas relaciones de poder entre el Norte y el Sur en las que el pensamiento latinoamericano era ignorado y América Latina era objeto de un proceso de homogeneización que tendía a suprimir su historia<sup>25</sup>. Ya ampliando el objeto de análisis de la problemática subalternista al campo del latinoamericanismo, Nelly Richard se refería a una división del trabajo en la que la razón, el conocimiento y la teoría se asociaba al centro (poder de abstracción y simbolización) mientras la materia, la realidad y la práctica eran adjudicadas a América Latina (espontaneidad de la vivencia)<sup>26</sup>. Finalmente,

<sup>15</sup> G. M. Joseph y D. Nugent (eds.), *Everyday Forms of State Formation. Revolution and the Negotiation of Rule in Modern Mexico*, Durham, Duke University Press, 1994.

<sup>16</sup> J. C. Scott, *Weapons of the Weak. Everyday Forms of Peasant Resistance*, New Haven, Yale University Press, 1986; Ph. Corrigan y D. Sawyer, *The Great Arch. English State Formation as Cultural Revolution*, Oxford, Basil Blackwell, 1985.

<sup>17</sup> G. M. Joseph, “Rethinking Mexican Revolutionary Mobilization: Yucatán’s Season of Upheaval, 1909-1915”, en G. M. Joseph y D. Nugent, *op. cit.*, pp. 135-169.

<sup>18</sup> D. Nugent y A. M. Alonso, “Multiple Selective Traditions in Agrarian Reform and Agrarian Struggle: Popular Culture and State Formation in the *Ejido* of Namiquipa, Chihuahua”, en G. M. Joseph y D. Nugent, *op. cit.*, pp. 209-245.

<sup>19</sup> W. Roseberry, “Hegemony and the Language of Contention”, en G. M. Joseph y D. Nugent, *op. cit.*, pp. 355-366.

<sup>20</sup> F. Mallon, “Reflections on the Ruins: Everyday Forms of State Formation in Nineteenth-Century Mexico”, en G. M. y D. Nugent, *op. cit.*, pp. 69-106.

<sup>21</sup> S. Rivera Cusicanqui y R. Barragán, “Presentación”, en S. Rivera Cusicanqui y S. Barragán (comps.), *Debates postcoloniales. Una introducción a los estudios de la subalternidad*, La Paz, Historias - SEPHIS - Aruwiyiri, 1997, pp. 11-19.

<sup>22</sup> *Ibidem*, p. 14.

<sup>23</sup> M. Moraña, “El boom del subalterno”, en S. Castro-Gómez y E. Mendieta, (eds.), *Teorías sin disciplina. Latinoamericanismo, poscolonialidad y globalización en debate*, México D.F., Porrúa, 1998, pp. 233-244.

<sup>24</sup> *Ibidem*, p. 180.

<sup>25</sup> H. Achúgar, “Leones, cazadores e historiadores. A propósito de las políticas de la memoria y el conocimiento”, en S. Castro-Gómez y E. Mendieta, *op. cit.*, pp. 207-219.

<sup>26</sup> N. Richard, “Intersectando Latinoamérica con el latinoamericanismo: discurso académico y crítica cultural”, *Revista Iberoamericana* LXIII (80), 1997, pp. 345-361.

Walter Mignolo analizaba el desarrollo del subalternismo en términos de la relación entre producción de conocimiento y ubicaciones geohistóricas, lo cual le permitía advertir una desconexión entre las formulaciones teóricas desplegadas en Estados Unidos y las contribuciones de los intelectuales para los cuales América Latina no es sólo un objeto de estudios sino también un espacio de lucha política<sup>27</sup>.

Junto a los señalamientos que enfatizaban la cuestión de la producción de conocimiento sobre América Latina en la academia estadounidense, es posible recortar dos contrapuntos que dan cuenta de otras dimensiones de la problemática subalternista. Uno de ellos corresponde a las relaciones teóricas y políticas entre subalternismo y marxismo. En una densa reseña de *Peasant and Nation*, Tulio Halperín Donghi ubicaba las particularidades de la investigación de Mallon en el marco de las especificidades del campo intelectual estadounidense<sup>28</sup>. Según el historiador argentino, tanto la apertura del marxismo a otras corrientes intelectuales como el esfuerzo por conectar paradigmas teóricos y realidades empíricas podían ser explicadas por la ajenez del marxismo a la experiencia política en Estados Unidos y, en consecuencia, por el modo diferencial en el cual la crisis de dicha teoría había sido experimentada en este espacio nacional. Una de las respuestas dadas por Mallon restituía el proceso de radicalización política iniciado en América Latina con la Revolución cubana para constatar que lo que faltaba en la visión de Halperín Donghi era “una perspectiva americana amplia, pensada hemisféricamente”<sup>29</sup>. Lejos de anclarse en una inocente tradición estadounidense, las operaciones críticas que Mallon desplegaba sobre el corpus marxista eran remitidas al ciclo de lucha y derrota de las izquierdas latinoamericanas. De este modo, los impulsos hacia la conceptualización de la subalternidad eran ubicados en las limitaciones históricas del proyecto revolucionario de las décadas de 1960 y 1970, tales como la rigidez y ortodoxia del modelo cubano y los déficits de la experiencia guatemalteca en relación a la cuestión étnica y sexual, así como en ciertos fenómenos novedosos de la década de 1980, como los movimientos en pos de los derechos indígenas y de las mujeres. En otra respuesta al señalamiento de Halperín, desarrollada en la introducción a la edición castellana de *Peasant and Nation*, Mallon profundizó en el carácter ambivalente de los proyectos revolucionarios que tuvieron lugar en América Latina en la segunda mitad del siglo XX. Por la positiva, el horizonte abierto por

la Revolución cubana para un proceso transformador simultáneamente marxista y americano. Por la negativa, las concepciones que transformaban al marxismo en un esquema teórico y político perpetuador de los mecanismos tradicionales de subalternización en la región. En este sentido, Mallon afirmaba que su investigación se había desarrollado a partir de “la preocupación por criticar la rigidez de los modelos marxistas más ortodoxos, especialmente en lo que se refiere a la naturaleza del Estado, el carácter predominantemente clasista de la política, la falta de atención a las jerarquías de género y raza/etnicidad, y la exclusión de los campesinos e indígenas de la política nacional”<sup>30</sup>. El otro debate, también originado a partir del trabajo de Mallon, giró alrededor del problema de la representación de la condición de subalternidad. En este caso fue John Beverley el encargado de señalar ciertas limitaciones en la investigación desarrollada en *Peasant and Nation*. Al destacar los diferentes efectos que el programa subalternista había tenido en la historia y en la crítica literaria, Beverley señalaba que la segunda había alcanzado un nivel de autorreflexión mayor que la primera<sup>31</sup>. Esto es, entre los historiadores la perspectiva subalternista era incorporada en los marcos de la disciplina sin que se pusiera en discusión el problema de la relación entre la condición subalterna y los saberes académicos. Si el programa subalternista no busca sólo registrar la negatividad subalterna en el marco de las distintas disciplinas –es decir, el modo en el que el subalterno interrumpe la narrativa de la formación del Estado– sino que también se trata de un proyecto político –en el sentido de reflexionar sobre cómo el trabajo académico incorpora dicha negatividad–, investigaciones como las de Mallon “dejan, en cierto sentido, las cosas como están”<sup>32</sup>.

Si bien relevante, la divergencia de Beverley con el trabajo de Mallon estaba circunscripta a este problema específico<sup>33</sup>. Colocado en el marco de las otras intervenciones producidas en el campo del subalternismo, y de los contrapuntos ya analizados, el intercambio entre Mallon y Beverley se nos revela como convergente en varios aspectos. En primer lugar, Beverley inscribía las preocupaciones iniciales del subalternismo en las limitaciones de los proyectos transformadores llevados a cabo en América Latina. Afirmaba al respecto: “comenzamos a ver que incluso en revoluciones como la cubana o la nicaragüense, que tenían una conexión profunda con los sectores populares, había serios problemas con

<sup>27</sup> W. Mignolo, *Local Histories/Global Design. Coloniality, Subaltern Knowledge, and Border Thinking*, Princeton, Princeton University Press, 2000.

<sup>28</sup> T. Halperín Donghi, “Campesinado y nación”, *Historia Mexicana* XLVI (3), 1996, pp. 503-529.

<sup>29</sup> F. Mallon, “En busca de una nueva historiografía latinoamericana: un diálogo con Tutino y Halperín”, *Historia Mexicana* XLVI (3), 1996, p. 576.

<sup>30</sup> F. Mallon, “Introducción a la edición en español”, en *Campesino y nación. La construcción de México y Perú poscoloniales*, México D.F., CIESAS - El Colegio de San Luis - El Colegio de Michoacán, 2003, p. 69.

<sup>31</sup> J. Beverley y J. Sanders, “Negotiating with the Disciplines. A Conversation on Latin American Studies”, *Journal of Latin American Cultural Studies* 6 (2), 1997, pp. 237-257.

<sup>32</sup> *Ibidem*, p. 242.

<sup>33</sup> Para una sistematización del llamado “debate Mallon-Beverley”, cf. G. Bustos, “Enfoque subalterno e historia latinoamericana: nación, subalternidad y escritura de la historia en el debate Mallon-Beverley”, *Fronteras de la Historia* 7, 2002, pp. 229-250.

respecto a la relación entre la vanguardia revolucionaria y el pueblo”<sup>34</sup>. La caracterización del subalternismo como un esfuerzo teórico por superar los problemas inherentes a la tradición revolucionaria conllevaba la célebre definición del subalternismo como “un proyecto *de* marxismo antes que un proyecto *marxista*”. Es decir, como un esquema inspirado en los conceptos marxistas pero a la vez despojado de las marcas del marxismo realmente existente<sup>35</sup>. En segundo lugar, Beverley se mostraba especialmente preocupado por una potencial relocalización de la condición subalterna por fuera de la historia y las relaciones de poder. Recuperando la conexión entre la concepción de la subalternidad en Gramsci con su intento de comprender la “cuestión meridional”, Beverley afirmaba que si bien el subalterno constituye aquello que resiste la simbolización, no debía ser entendido en términos de una categoría ontológica: “el subalterno designa una *particularidad* subordinada, y en un mundo en el que las relaciones de poder están espacializadas, ésto quiere decir que deben tener un referente espacial, una forma de territorialidad”<sup>36</sup>. Por último, Beverley procedía a una interrogación del problema de la hegemonía en los mismos términos de la relación ambivalente con el corpus marxista y la tradición revolucionaria. Dicho examen giraba alrededor de una pregunta nodal: “¿cómo se pasa de la negatividad de la conciencia subalterna a la hegemonía?”<sup>37</sup>. Punto de llegada de un balance crítico de los repertorios políticos e intelectuales de la izquierda latinoamericana –y de sus compañeros de ruta estadounidenses–, la indagación de Beverley calibraba los efectos de la problemática subalternista para el desarrollo de una política efectivamente transformadora. En el mismo sentido que la precaución en torno a la ontologización del subalterno, Beverley advertía sobre dos posibles desplazamientos conceptuales. Uno de ellos era el total desacople entre subalternidad y nación: “la crítica subalternista de la forma nación y el nacionalismo, basada en el reconocimiento de la inconmensurabilidad del subalterno y el Estado nación, ¿imposibilita su contribución a la redefinición del Estado nación y sus funciones?”<sup>38</sup>. El otro era la superación de la hegemonía como horizonte de la política subalterna. De cara a las limitaciones que había tenido la Revolución nicaragüense –marginación de sectores

del campesinado y poblaciones indígenas–, Beverley realizaba el siguiente planteo: “¿Es un problema de la hegemonía en sí? ¿O es posible imaginar una forma «multicultural» de la hegemonía en la que los problemas inherentes al proyecto sandinista –como a cualquier otra forma «modernizadora» socialista o nacional-populista– no ocurran de la misma manera?”<sup>39</sup>.

### III.

Las transformaciones operadas en el campo del latinoamericanismo entre fines del siglo XX y los primeros años del presente siglo afectaron de diversa manera los problemas condensados en la agenda primaria del subalternismo. Estas transformaciones estuvieron propiciadas por el desarrollo de un nuevo esquema interpretativo sobre América Latina, caracterizado en términos nativos como “latinoamericanismo de segundo orden” o “nuevo latinoamericanismo”<sup>40</sup>. Concebido como un aparato antirrepresentacional que buscaba entorpecer el progreso de la representación epistémica hacia su total clausura<sup>41</sup>, o como una forma de análisis que pretendía esquivar las tentaciones simétricas del fetichismo estatal y la sumisión al mercado<sup>42</sup>, el nuevo latinoamericanismo rechazaba las aproximaciones identitarias al objeto América Latina –en sus versiones nacionalista y multiculturalista– y postulaba al subcontinente como un espacio que habilitaba una interrogación sobre las relaciones entre poder y conocimiento<sup>43</sup>. La constitución del nuevo latinoamericanismo no implicó en principio un desplazamiento total con respecto a los modos en los que se había desarrollado la problemática subalternista en la década anterior. Por ejemplo, la crítica a las operaciones de reducción teórica de la otredad se correspondía con una apuesta por un vínculo con espacios de enunciación alternativos. Este era el caso de Alberto Moreiras, quien afirmaba que el latinoamericanismo de segundo orden debía concebirse “en solidaridad epistémica con las voces o los silencios residuales de la otredad latinoamericana”<sup>44</sup>. El sostenimiento de relaciones de solidaridad con América Latina permitía desestimar las críticas que apuntaban a la conversión de la región en un mero objeto de la producción académica estadouni-

<sup>34</sup> J. Beverley y J. Sanders, *op. cit.*, p. 234.

<sup>35</sup> J. Beverley, *Subalternity and Representation. Arguments in Cultural Theory*, Durham, Duke University Press, 1999, pp. 21-22. Para una interpretación reciente de las relaciones entre marxismo y subalternidad en la obra de Beverley, cf. B. Bosteels, “Marxism and Subalternity”, en E. Monasterios Pérez (ed.), *Urgencias del latinoamericanismo en tiempos de globalización conflictiva. Tributo a John Beverley*, Raleigh, A Contracorriente, 2020, pp. 283-292.

<sup>36</sup> J. Beverley, *Subalternity and Representation*, *op. cit.*, p. 2.

<sup>37</sup> *Ibidem*, p. 133.

<sup>38</sup> *Ibidem*, pp. 133-134.

<sup>39</sup> *Ibidem*, p. 97.

<sup>40</sup> A. Moreiras, “Fragmentos globales: Latinoamericanismo de segundo orden”, en S. Castro-Gómez y E. Mendieta, *op. cit.*, pp. 50-69; J. Beasley-Murray, “Towards a New Latinamericanism”, *Journal of Latin American Cultural Studies* 11 (3), 2002, pp. 261-264.

<sup>41</sup> A. Moreiras, “Fragmentos globales”, *op. cit.*

<sup>42</sup> J. Beasley-Murray, “Towards a New Latinamericanism”, *op. cit.*

<sup>43</sup> K. Jenckes, “The «New Latinamericanism» or the End of Regionalist Thinking?”, *CR: The New Centennial Review* 4 (3), 2004, pp. 247-270.

<sup>44</sup> A. Moreiras, “Fragmentos globales”, *op. cit.*, p. 57.

dense. Mientras Beverley había caracterizado a estas críticas como expresiones de un neo-ariélismo, en el sentido de un regreso de la autoridad latinoamericana tal como se desplegaba en el *Ariel* de José Rodó<sup>45</sup>, Moreiras las desnaturalizaba revelando el lugar prominente ocupado por sus enunciadores en el seno de las diversas culturas nacionales<sup>46</sup>. Por otra parte, la necesidad de renovar los modos de aproximación a la realidad latinoamericana seguía remitiendo en cierta medida al agotamiento de los repertorios políticos e intelectuales de la izquierda de las décadas de 1960 y 1970. Al respecto, Beasley-Murray ubicaba la potencia de un nuevo latinoamericanismo en el hecho de que “los tópicos de la solidaridad y el hablar «por» los oprimidos que definieron las posibilidades de oposición del latinoamericanismo (y que tuvieron su auge y declive durante las revoluciones centroamericanas) ya no parecen funcionar, o no funcionan de la misma manera”<sup>47</sup>. Algo similar ocurría con el tratamiento de las relaciones entre marxismo y deconstrucción en *The Other Side of the Popular* de Gareth Williams. El trabajo de Williams se desarrollaba en el seno de la tensión entre las conceptualizaciones de Guha y Spivak en torno a la condición subalterna. Es decir, que el libro evitaba elegir entre la subalternidad como el efecto de la subordinación social o como el límite del pensamiento hegemónico para asumirse precisamente en la articulación entre ambas concepciones. Decía Williams: “en mi uso del término [subalternidad], no hay resolución en la relación entre las definiciones de Guha y Spivak. No hay un privilegio de una definición sobre la otra. Concibo el problema de la subalternidad como un lugar de tensión teórica y práctica entre lo histórico materialista y lo deconstructivo filosófico”<sup>48</sup>.

A pesar de estas convergencias, el énfasis del nuevo latinoamericanismo en la necesidad de una agenda de investigación posfundacional para la interpretación de la realidad latinoamericana implicó un desplazamiento significativo con respecto a los tratamientos anteriores del concepto de hegemonía y el problema de la nación. En un pasaje de *The Other Side of the Popular* que expresa de manera privilegiada el impulso del nuevo latinoamericanismo, Williams caracterizaba a la subalternidad como “el nombre de los múltiples puntos de exceso en las historias nacionales y posnacionales del desarrollismo latinoamericano, y el límite en el que las narrativas hegemónicas y los modos dominantes de (re)producción social e intelectual encuentran sus puntos de inviabilidad radical”<sup>49</sup>.

La apuesta por un pensamiento construido sobre las ruinas de las narrativas fundacionales de la historia moderna conllevaba en cierta medida una liquidación de las ambivalencias en torno a los problemas de la hegemonía y la nación. En primer lugar, cobraba relevancia la inscripción de las expresiones intelectuales y políticas de la izquierda latinoamericana en las tradicionales estrategias de nacionalización. Al respecto, Williams recuperaba una secuencia de intervenciones político-culturales de la izquierda latinoamericana –el muralismo mexicano, la literatura indigenista, la doctrina del *hombre nuevo* y la poética sandinista– para concluir que “lo que parece haber estado en juego en el diseño de la América Latina moderna es la incorporación, representación e institucionalización del individuo como *homo nationalis*”<sup>50</sup>. De esta manera, la idea de pueblo y el concepto de lo popular se configuraban únicamente como elementos fundamentales de la subordinación de la diversidad demográfica y cultural a los procesos de formación y expansión del Estado-nación. En segundo término, la interpretación de la realidad latinoamericana a través del prisma conceptual de la hegemonía se convertía en objeto de una crítica radical. Al respecto, Moreiras ubicaba este modo de aproximarse a América Latina en un esquema de comprensión moderno de las relaciones sociales y el Estado. En consecuencia, el nuevo latinoamericanismo incluía como una de sus premisas “el abandono de la hegemonía de la hegemonía como concepto maestro para pensar la cultura de nuestro tiempo”<sup>51</sup>.

La deconstrucción del concepto de hegemonía propiciada por Williams y Moreiras sentó las bases de la problemática de la poshegemonía<sup>52</sup>. Tanto *The Other Side of the Popular* como *The Exhaustion of Difference* introducían el concepto de poshegemonía como un correlato de la crítica a la llamada *hegemonía de la hegemonía*. En el caso de Williams, la poshegemonía aparecía como una especie de prolongación natural de la articulación entre subalternismo y deconstruccionismo. Parafraseando a Spivak, afirmaba que el espacio de la poshegemonía “no se basa en la incorporación de la subalternidad como una posición inferior dentro de una articulación hegemónica, sino en la apertura del campo político a una cierta forma de ininteligibilidad que marca el límite absoluto del espacio en el cual la historia se narrativiza como lógica”<sup>53</sup>. En el caso de Moreiras, la poshegemonía se presentaba como la posibilidad de una intervención más allá del *círculo hegemó-*

<sup>45</sup> J. Beverley, *Subalternity and Representation*, op. cit., p. 2.

<sup>46</sup> A. Moreiras, *The Exhaustion of Difference. The Politics of Latin American Studies*, Durham, Duke University Press, 2001, pp. 6-7.

<sup>47</sup> J. Beasley-Murray, “Towards a New Latinamericanism”, op. cit., p. 262.

<sup>48</sup> G. Williams, *The Other Side of the Popular. Neoliberalism and Subalternity in Latin America*, Durham, Duke University Press, 2002, p. 10.

<sup>49</sup> *Ibidem*, p. 11.

<sup>50</sup> *Ibidem*, p. 4.

<sup>51</sup> A. Moreiras, *The Exhaustion of Difference*, op. cit., p. 16.

<sup>52</sup> Esta problemática tiene una historia que excede sus usos en el marco del latinoamericanismo. El concepto de poshegemonía ha sido especialmente importante en los estudios culturales británicos, fundamentalmente en las obras de Scott Lash y Nicholas Thoburn. Para una reconstrucción general del concepto, me permito remitir a M. Starcebaum, “Poshegemonía”, op. cit.

<sup>53</sup> G. Williams, *The Other Side of the Popular*, op. cit., p. 149.

nico. Más orientado a los problemas de la práctica intelectual, promovía un pensamiento poshegemónico en el sentido de “ya no la posibilidad de volver dominante una ideología dominada, sino más bien como la posibilidad de pensar el afuera de la hegemonía”<sup>54</sup>. Fue el libro de Jon Beasley-Murray el que vino, años más tarde, a sistematizar la problemática de la poshegemonía. La relación entre las tesis de *Poshegemonía* y el trabajo desarrollado por Williams y Moreiras no es lineal. Por un lado, Beasley-Murray inscribía su propuesta en las formulaciones previas de la poshegemonía como crítica permanente o como trabajo de lo negativo. Pero por el otro, tendía a ver en el anclaje subalternista de dichas formulaciones una limitación al despliegue de las implicaciones de la poshegemonía. Al sostenerse en la distinción entre adentro y afuera, el subalternismo reproducía la diferenciación entre lo hegemónico y lo subalterno. Se trataba de constatar, entonces, que la diferencia entre teoría de la hegemonía y estudios subalternos radicaba únicamente en la inversión de la polaridad política. En palabras de Beasley-Murray: “mientras que Gramsci y Laclau insisten en que en la política se trata de jugar el juego de la hegemonía, Spivak, Williams y Moreiras cuestionan las reglas de ese juego destacando el exceso aporético que nunca es tomado en cuenta. Pero en ningún momento el juego queda puesto en duda. Por el contrario, en mi concepción la poshegemonía va más allá de los escombros de cualquier proyecto hegemónico”<sup>55</sup>. La profundización de las tesis del nuevo latinoamericanismo orientaba el problema de la poshegemonía hacia la idea de que “la hegemonía no existe ni nunca ha existido”<sup>56</sup>. Es decir, que el ordenamiento de la sociedad no es asegurado por la ideología sino por hábitos y afectos, y que por lo tanto, el cambio social no radica en la constitución de una fuerza contra-hegemónica sino en la afirmación del poder constituyente de la multitud.

Este direccionamiento transformó sustancialmente la interpretación de los procesos más relevantes de la historia latinoamericana. Con el ambicioso subtítulo de *Teoría política y América Latina*, el libro de Beasley-Murray reconstruía “la historia discontinua de los proyectos estatales de sujeción de la multitud tanto como del permanente alerta rojo del poder constituyente de la multitud, contra el que reacciona el Estado”<sup>57</sup>. De esta manera, la historia latinoamericana era entendida en términos de una dinámica permanente entre irrupciones insurgentes de la multitud y estrategias por las cuales los proyectos hegemónicos convierten dichas insurgencias en ventajas para el Estado. Circunscripta a la modernidad, esta inter-

pretación abarcaba indistintamente fenómenos que iban desde las Leyes de Indias del siglo XVI hasta el llamado “giro a la izquierda” de la política latinoamericana a comienzos del siglo XXI. Entre los múltiples efectos que dicho esquema interpretativo tuvo en el análisis de procesos específicos de la historia de la región, hay dos de ellos que se destacan por ofrecer un marcado contraste con las conclusiones del primer latinoamericanismo. El primero era la asimilación entre populismo y neoliberalismo. Según Beasley-Murray, estas “dos estructuras de poder paradigmáticas en las sociedades democráticas del siglo XX” tenían más similitudes que diferencias<sup>58</sup>: ambos nacen de la frustración con la representación política, reconstruyen un contrato social amenazado por elementos exteriores y engendran nuevos hábitos que aprovechan las energías disidentes en favor del poder constituido. De allí que el análisis del peronismo –una experiencia privilegiada en el trabajo de Beasley-Murray– gire principalmente alrededor de su habilidad para asegurar el consenso popular, el otorgamiento de respuestas sencillas a cuestiones de filiación y pertenencia, y la consecuente conversión de la multitud en pueblo. El segundo era la caracterización del ciclo progresista de la política latinoamericana en términos de una recomposición del poder constituido en respuesta a la acción de la subjetividad militante. Según Beasley-Murray, la novedad representada por los gobiernos de Hugo Chávez, Lula y Evo Morales debía ser entendida como una reacción al ciclo de protestas y movilizaciones que había comenzado con el Caracazo en 1989 y que se había extendido hasta las protestas del gas en Bolivia en 2004. Frente a la emergencia de la multitud en forma de asambleas vecinales, piquetes callejeros y economías alternativas, los gobiernos progresistas de la región “marcan el comienzo de una nueva gobernabilidad, más precaria aunque más halagüeña que en el pasado”<sup>59</sup>.

La deriva poshegemónica de la vertiente deconstruccionista del subalternismo terminó de fracturar el campo del latinoamericanismo. Claramente diferenciado de las conclusiones de Beasley-Murray, Beverley interpretaba el ciclo progresista de la política latinoamericana a través del concepto de acontecimiento de Alain Badiou<sup>60</sup>. Es decir, que más allá de su heterogeneidad, los gobiernos de la *marejada rosada* expresaban “algo inesperado, imprevisto, radicalmente contingente y sobredeterminado, pero que en esa misma contingencia y sobredeterminación, abre una nueva, imprevista e imprevisible serie de posibilidades y determinaciones”<sup>61</sup>. En este sentido, la recuperación de la politicidad de la articulación entre

<sup>54</sup> A. Moreiras, *The Exhaustion of Difference*, op. cit., p. 107.

<sup>55</sup> J. Beasley-Murray, *Posthegemony. Political Theory and Latin America*, Minneapolis, University of Minnesota Press, 2011, p. XIV.

<sup>56</sup> *Ibidem*, p. IX.

<sup>57</sup> *Ibidem*, p. XIX.

<sup>58</sup> *Ibidem*, p. XVI.

<sup>59</sup> *Ibidem*, p. 285.

<sup>60</sup> J. Beverley, *Latinamericanism after 9/11*, Durham, Duke University Press, 2011.

<sup>61</sup> *Ibidem*, p. 7.

deconstruccionismo y subalternismo –una política emancipatoria por venir en un mundo globalizado– conducía a la pregunta acerca de por qué el nuevo latinoamericanismo no se había convertido “ni en un precursor teórico ni en un compañero de ruta de la marea rosada”<sup>62</sup>. A partir de esta fractura, Beverley elaboró la propuesta del post-subalternismo, el cual recuperaba el impulso inicial de los estudios subalternos para repensar el Estado y la forma nacional-popular. Quedaban así claramente delimitadas dos respuestas al problema de la relación entre subalternidad y Estado: “una, lo subalterno es un «sitio» esencialmente fuera de la lógica del Estado; dos, la agencia subalterna debe en algún momento u otro, pasar por el Estado”<sup>63</sup>. La fractura producida en el momento de auge de los gobiernos progresistas se volvió enfrentamiento en el contexto de declive de estas experiencias. En una intervención que retomaba los términos de los debates de la década de 1990, Beverley caracterizó a las interpretaciones poshegemónicas de América Latina como una forma de “ultraizquierdismo teórico”<sup>64</sup>. Recuperando la crítica leninista a las tendencias ultraizquierdistas en el contexto revolucionario de 1920, Beverley veía en la problemática de la poshegemonía una sublimación de América Latina y cierta impaciencia –*milenaria y pequeño-burguesa*– por la inminencia del comunismo.

Si volvemos a las reflexiones que expresaban los consensos de la problemática subalternista en la década de 1990, esta bifurcación producida en el campo del latinoamericanismo se nos revela en todo su sentido. Como se evidencia en las preguntas formuladas por Beverley en relación al problema del pasaje de la negatividad subalterna a la afirmación política, las preocupaciones fundamentales del subalternismo radicaban en la posibilidad de que la crítica de la nación bloqueara la redefinición del Estado-nación y que la crítica a la hegemonía imposibilitara cualquier proyecto político hegemónico. La actualización de estas preguntas ofrece respuestas claramente divergentes. Mientras que la poshegemonía desestima la redefinición del Estado-nación y la apuesta por un proyecto con pretensiones hegemónicas, el post-subalternismo mantiene al Estado-nación como espacio de intervención política y deposita en la hegemonía el horizonte de la práctica transformadora. En un sentido similar, aquella meditada reflexión acerca de las ambivalencias de las experiencias históricas de la izquierda latinoamericana se desdoblaba en lecturas contrastantes en torno a las prácticas políticas e intelectuales del latinoamericanismo. De un lado, la poshegemonía

como una crítica a la dominación que cuestiona los fundamentos ideológicos de la dominación misma: “[la poshegemonía] trata de pensar por fuera del pacto de la soberanía en el que se basa y se ha basado en la modernidad la construcción del Estado-nación, y que se ha articulado siempre en cada caso, específica y regionalmente, como crítica de toda articulación hegemónica en cuanto aparato de poder”<sup>65</sup>. Consecuentemente, también como crítica a las formas de intervención de la izquierda en su conjunto: “es en verdad la «izquierda» la que administra el reduccionismo del pensamiento latinoamericanista, puesto que reacciona contra (en vez de pensar su relación con) la «teoría» (en este caso, la deconstrucción) con el fin de privilegiar la restauración ideológica (moral) de la transparencia y la inmediatez de las relaciones sociales en el mundo”<sup>66</sup>. Del otro lado, la operación de disociación de la acepción gramsciana de la hegemonía –forma de consenso que articula clases y sectores heterogéneos en un bloque histórico– con respecto al uso ordinario que la asociaba a dominación o subordinación –imposición coercitiva de las perspectivas de una clase o grupo particular–: “la distinción [subalternidad/hegemonía] confunde la forma de la hegemonía –«liderazgo intelectual y moral»– con su contenido (tanto la fascista como la socialista-feminista son formas de articulación hegemónica, pero obviamente con consecuencias muy diferentes)”<sup>67</sup>. A su vez, de cara a la erosión de la legitimidad de los gobiernos progresistas latinoamericanos por parte de las fuerzas reaccionarias, el post-subalternismo postulaba a la política como “una cuestión de aquí y ahora, y de ganar elecciones”<sup>68</sup>.

#### IV.

En un texto inscripto en la articulación primaria entre subalternismo y marxismo, Horacio Legrás postulaba a la negatividad como el elemento común que permitía compatibilizar ambas tradiciones<sup>69</sup>. Relativizando las lecturas que tendían a contraponer el marxismo al subalternismo, Legrás afirmaba que, en su recurso a la negatividad, éste último evitaba transformarse en una mera variación local para expresar un meditado compromiso con la tradición emancipatoria occidental. En el mismo sentido, ubicaba en la tensión entre el desarrollo universal del capitalismo y las formas de alteridad que confrontan la modernización la recurrencia en el pensamiento latinoamericano de las figuras del fracaso, la falta y el desarrollo desigual.

<sup>62</sup> *Ibidem*, p. 45.

<sup>63</sup> *Ibidem*, p. 110.

<sup>64</sup> J. Beverley, “El ultraizquierdismo: enfermedad infantil de la academia”, *alter/nativas. Revista de estudios culturales latinoamericanos* 1, 2013.

<sup>65</sup> A. Moreiras, “¿Puedo madrugar a un narco? Posiciones críticas en LASA”, *Cuadernos de Literatura* XVII (33), 2013, p. 86.

<sup>66</sup> G. Williams, “La deconstrucción y los estudios subalternos, o una llave de tuerca en la línea de montaje latinoamericanista”, en H. Vidal (comp.), *Treinta años de estudios literarios/culturales latinoamericanistas en Estados Unidos. Memorias, testimonios, reflexiones críticas*, Pittsburgh, Instituto Internacional de Literatura Iberoamericana, 2008, p. 230.

<sup>67</sup> J. Beverley, *Latinamericanism after 9/11*, *op. cit.*, p. 112.

<sup>68</sup> J. Beverley, “El ultraizquierdismo”, *op. cit.*, p. 26.

<sup>69</sup> H. Legrás, “Subalternity and Negation”, *Dispositio/n* XXII (49), 2000, pp. 83-102.

La operación desplegada por Legrás nos recuerda que la condición subalterna constituye un problema significativo en una determinada franja del marxismo latinoamericano. Se trata de una relevancia que se remonta a la obra de José Carlos Mariátegui, en la que la llamada cuestión indígena era analizada en términos de continuidad entre el período colonial y el republicano<sup>70</sup>. El proceso de formación nacional signado por el predominio de la aristocracia y la debilidad de la burguesía había tenido como resultado la continuación bajo el orden republicano del empobrecimiento y la subordinación del indígena. Contrariando la misión de constituir un orden moderno, “la República ha pauperizado al indio, ha agravado su depresión y ha exasperado su miseria”<sup>71</sup>. La importancia de este problema puede constatarse asimismo en la obra del boliviano Zavaleta Mercado, quien reconstruía la constitución de un ordenamiento social basado en la otredad del indio<sup>72</sup>. Del análisis del pensamiento de los fundadores del Estado boliviano se derivaba el carácter estructural de la exclusión de lo popular en los marcos de la institucionalidad oligárquica. A través de una propuesta que se revelaba como anti-hegemónica, en tanto se negaba al indígena cualquier tipo de status dentro de la nación, las clases dominantes bolivianas habían buscado “la reconstrucción material de la sociedad de carne y hueso a partir de un quinto de su proporción”<sup>73</sup>.

Si los trabajos de Mariátegui y Zavaleta Mercado se destacan en esta franja del marxismo latinoamericano por dar cuenta de los mecanismos de subalternización propios de los Estados-nación, el de Álvaro García Linera se torna relevante por extender el análisis de dichos procesos a las experiencias revolucionarias contemporáneas. De manera simultánea a la fractura del latinoamericanismo, las reflexiones de García Linera entroncaban con las preocupaciones iniciales del subalternismo en torno a la hegemonía cultural de las élites y el carácter totalizante y no-popular de las formaciones estatales consolidadas luego del proceso de independencia. En un texto dedicado al problema de la estructura del Estado en una sociedad multicultural como la boliviana, García Linera unificaba al Estado caudillista de la segunda mitad del siglo XIX y a la llamada democracia censitaria de la primera mitad del siglo XX en un sistema en el que la exclusión político-cultural imperaba tanto en la normatividad estatal como en la práctica cotidiana de las personas<sup>74</sup>. La inscripción de la Revolución Nacional de 1952 en este esquema secular de exclusión ofrecía conclusiones ambivalentes. En el mismo tenor que el subalternismo había recuperado los procesos revolucionarios del siglo XX, García Linera advertía la

coexistencia de rupturas con el régimen oligárquico—como el voto universal y la educación gratuita— y la reproducción de los mecanismos de exclusión—como la adquisición obligatoria del idioma castellano y la difusión de pautas culturales de la población urbana y mestiza—. Se refería de este modo a un aplanamiento lingüístico y organizativo de los indígenas, que “convertidos ahora en «hermanos campesinos», quedaban nuevamente ubicados en los puestos más bajos en la lucha por la conquista de saberes políticos y educativos legítimos”<sup>75</sup>. Si bien había propiciado una serie de cambios políticos y económicos significativos, la Revolución Nacional no había representado un quiebre con la representación etnificada del mundo y la naturalización de las diferencias sociales a partir de determinadas propiedades culturales e históricas.

No resulta sorprendente, por lo tanto, que el horizonte establecido por García Linera para la superación del desencuentro estructural entre vida estatal y composición socioeconómica también sintonizara con las reflexiones del primer latinoamericanismo. Nos referimos al Estado multinacional, definido por el boliviano como una nueva estructura estatal capaz de integrar “la diversidad étnico-cultural mediante un diseño de centralización basado en modalidades flexibles de autonomías regionales por comunidad lingüística y cultural”<sup>76</sup>. Esta propuesta cobraba sentido en los marcos de una construcción nacional incompleta y una simulación histórica de modernidad política y homogeneidad cultural en el seno de una sociedad marcadamente pre-moderna, multicivilizatoria y pluricultural. Volviendo al punto de llegada de las primeras expresiones del subalternismo, la propuesta de García Linera permitiría responder de manera negativa a las preguntas que estructuraban el problema del pasaje de la subalternidad a la hegemonía. Por un lado, la crítica a la forma nación y al nacionalismo no impedía una reformulación del Estado nación y de sus funciones. Por otro lado, no se trataba de un problema de la hegemonía en sí, sino que era posible imaginar una forma multicultural de la hegemonía que no repitiera los problemas inherentes a la construcción de un proyecto nacional y popular. Este modo de intervenir en el problema de la relación entre subalternidad y hegemonía nos permite a su vez ubicar las reflexiones de García Linera en un espacio similar al de los impulsos del programa subalternista. Insatisfecho con las formas en las que los proyectos revolucionarios habían entendido la naturaleza del Estado y procesado la cuestión étnica, García Linera llevó a cabo una serie de reflexiones en las que la constatación de los puntos ciegos de la tradición marxista no tenía como correlato la ontologización

<sup>70</sup> J. C. Mariátegui, *7 ensayos de interpretación de la realidad peruana*, Caracas, Biblioteca Ayacucho, 1979.

<sup>71</sup> *Ibidem*, p. 36.

<sup>72</sup> R. Zavaleta Mercado, *Lo nacional-popular en Bolivia*, México D.F., Siglo XXI, 1986.

<sup>73</sup> *Ibidem*, p. 193.

<sup>74</sup> Á. García Linera, “Autonomía y Estado Multinacional. Una lectura de la descentralización regional a partir de las identidades culturales”, *Temas Sociales* 26, 2005, pp. 53-84.

<sup>75</sup> *Ibidem*, p. 59.

<sup>76</sup> *Ibidem*, p. 67.

del subalterno ni la disociación absoluta entre condición subalterna y nación. Como puede advertirse, la colocación de dichas reflexiones en el marco de la fractura del latinoamericanismo habilitaría tanto una refutación de las tesis de la poshegemonía, en el sentido de que la hegemonía existe y que es posi-

ble la proyección hegemónica del subalterno, como una complementación del post-subalternismo, en el sentido de que la relación entre Estado y subalterno puede ser enriquecida con un meditado ejercicio teórico que se prolonga en transformaciones políticas significativas<sup>77</sup>.

## Bibliografía

- Achúgar, H., “Leones, cazadores e historiadores. A propósito de las políticas de la memoria y el conocimiento”, en S. Castro-Gómez y E. Mendieta (eds.), *Teorías sin disciplina. Latinoamericanismo, poscolonialidad y globalización en debate*, México D.F., Porrúa, 1998, pp. 207-219.
- Beasley-Murray, J., “Towards a New Latinamericanism”, *Journal of Latin American Cultural Studies* 11 (3), 2002, pp. 261-264.
- , *Posthegemony. Political Theory and Latin America*, Minneapolis, University of Minnesota Press, 2011.
- Beverley, J., *Subalternity and Representation. Arguments in Cultural Theory*, Durham, Duke University Press, 1999.
- , *Latinamericanism after 9/11*, Durham, Duke University Press, 2011.
- , “El ultraizquierdismo: enfermedad infantil de la academia”, *Alter/nativas. Revista de estudios culturales latinoamericanos* 1, 2013.
- Beverley, J. y Sanders, J., “Negotiating with the Disciplines. A Conversation on Latin American Studies”, *Journal of Latin American Cultural Studies* 6 (2), 1997, pp. 237-257.
- Bosteels, B., “Marxism and Subalternity”, en E. Monasterios Pérez (ed.), *Urgencias del latinoamericanismo en tiempos de globalización conflictiva. Tributo a John Beverley*, Raleigh, A Contracorriente, 2020, pp. 283-292.
- Coronil, F., “Listening to the Subaltern: The Poetics of Neocolonial States”, *Poetics Today* (15) 4, 1994, pp. 643-658.
- Corrigan, Ph. y Sayer, D., *The Great Arch. English State Formation as Cultural Revolution*, Oxford, Basil Blackwell, 1985.
- De la Campa, R., *Latinamericanism*, Minneapolis, University of Minnesota Press, 1999.
- García Linera, Á., “Autonomía y Estado Multinacional. Una lectura de la descentralización regional a partir de las identidades culturales”, *Temas Sociales* 26, 2005, pp. 53-84.
- Guha, R., “On Some Aspects of the Historiography of Colonial India”, en *idem* (ed.), *Subaltern Studies I*, Delhi Oxford University Press, 1982, pp. 1-8.
- Halperín Donghi, T., “Campesinado y nación”, *Historia Mexicana* XLVI (3), 1996, pp. 503-529.
- Jenckes, K., “The «New Latinamericanism» or the End of Regionalist Thinking?”, *CR: The New Centennial Review* 4 (3), 2004, pp. 247-270.
- Joseph, G. M., y Nugent, D. (eds.), *Everyday Forms of State Formation. Revolution and the Negotiation of Rule in Modern Mexico*, Durham, Duke University Press, 1994.
- Latin American Subaltern Studies Group, “Founding Statement”, *Boundary 2* 20 (3), 1993, pp. 110-121.
- Legrás, H., “Subalternity and Negation”, *Dispositio/n* XXII (49), 2000, pp. 83-102.
- Mallon, F., “The Promise and Dilemma of Subaltern Studies: Perspectives from Latin American History”, *The American Historical Review* 99 (5), 1994, pp. 1491-1515.
- , *Peasant and Nation. The Making of Postcolonial Mexico and Peru*, Berkeley, University of California Press, 1995.
- , “En busca de una nueva historiografía latinoamericana: un diálogo con Tutino y Halperín”, *Historia Mexicana* XLVI (3), 1996, pp. 563-580.
- , “Introducción a la edición en español”, en *Campesino y nación. La construcción de México y Perú poscoloniales*, México D.F., CIESAS - El Colegio de San Luis - El Colegio de Michoacán, 2003, pp. 51-76.
- Mariátegui, J.C., *7 ensayos de interpretación de la realidad peruana*, Caracas, Biblioteca Ayacucho, 1979.
- Mignolo, W., *Local Histories/Global Design. Coloniality, Subaltern Knowledge, and Border Thinking*, Princeton, Princeton University Press, 2000.
- Moraña, M., “El boom del subalterno”, en S. Castro-Gómez y E. Mendieta (eds.), *Teorías sin disciplina. Latinoamericanismo, poscolonialidad y globalización en debate*, México D.F., Porrúa, 1998, pp. 233-244.
- Moreiras, A., “Fragmentos globales: Latinoamericanismo de segundo orden”, en S. Castro-Gómez y E. Mendieta, *op. cit.*, pp. 50-69.
- , *The Exhaustion of Difference. The Politics of Latin American Studies*, Durham, Duke University Press, 2001.
- , “¿Puedo madrugarme a un narco? Posiciones críticas en LASA”, *Cuadernos de Literatura* XVII (33), 2013, pp. 76-89.

<sup>77</sup> Si bien constituye un problema secundario de la trayectoria del latinoamericanismo, los desarrollos de García Linera también podrían complejizar la polaridad entre *teoría producida desde afuera y la realidad latinoamericana*. Por ejemplo, piénsese en el hecho de que Rivera Cusicanqui y Barragán no estarían dispuestas a incorporar su obra entre los hitos de un pensamiento situado en América Latina. Del mismo modo, la inscripción de su trabajo en la tradición teórica marxista lo distanciaría de aquellos que postulan la irreductibilidad de la realidad latinoamericana a los conceptos de dicha tradición.

- Morgan, N., “¿Olvidar el latinoamericanismo? John Beverley y la política de los estudios culturales latinoamericanos”, *Cuadernos de Literatura* XVII (34), 2013, pp. 18-45.
- O’Hanlon, R. y Washbrook, D., “After Orientalism: Culture, Criticism and Politics in the Third World”, *Comparative Studies in Society and History* 34 (1), 1992, pp. 121-167.
- Prakash, G., “Writing Post-Orientalist Histories of the Third World: Perspectives from Indian Historiography”, *Comparative Studies in Society and History* 32 (2), 1990, pp. 383-408.
- , “Can the «Subaltern» Ride? A Reply to O’Hanlon and Washbrook”, *Comparative Studies in Society and History* 34 (1), 1992, pp. 168-184.
- Richard, N. “Intersectando Latinoamérica con el latinoamericanismo: discurso académico y crítica cultural”, *Revista Iberoamericana* LXIII (80), 1997, pp. 345-361.
- Rivera Cusicanqui, S. y Barragán, R., “Presentación”, en *idem* (comps.), *Debates postcoloniales. Una introducción a los estudios de la subalternidad*, La Paz, Historias - SEPHIS - Aruwiyiri, 1997, pp. 11-19.
- Santi, E. M., “Latinamericanism and Restitution”, *Latin American Literary Review* 20 (40), 1992, pp. 88-96.
- Scott, J. C., *Weapons of the Weak. Everyday Forms of Peasant Resistance*, New Haven, Yale University Press, 1986.
- Seed, P., “Colonial and Postcolonial Discourse”, *Latin American Research Review* 26 (3), 1991, 181-200.
- Spivak, G., “Can the Subaltern Speak?”, en C. Nelson y L. Grossberg (eds.), *Marxism and the Interpretation of Culture*, Basingstoke, Macmillan, 1988, pp. 271-313.
- Starckenbaum, M. “Poshegemonía. Notas sobre un debate”, *Políticas de la Memoria* 16, 2015/2016, pp. 27-38.
- Williams, G., *The Other Side of the Popular. Neoliberalism and Subalternity in Latin America*, Durham, Duke University Press, 2002.
- , “La deconstrucción y los estudios subalternos, o una llave de tuerca en la línea de montaje latinoamericanista”, en H. Vidal (comp.), *Treinta años de estudios literarios/culturales latinoamericanistas en Estados Unidos. Memorias, testimonios, reflexiones críticas*, Pittsburgh, Instituto Internacional de Literatura Iberoamericana, 2008, pp. 221-256.
- Zavaleta Mercado, R., *Lo nacional-popular en Bolivia*, México D.F., Siglo XXI, 1986.